

ESTRUCTURA DE LA "CAUSALIDAD HISTORICA" HISTORIA IDEAL E HISTORIA REAL

J. QUINTANA FERNANDEZ
Facultad de Psicología (UAM)

RESUMEN

Los procesos históricos pueden ser analizados desde una teoría de la causalidad "natural"; ni la teología ni la metafísica forman parte de este análisis. El trabajo presente constituye una reflexión teórica sobre la estructura de la causalidad histórica natural. Después de determinar las dimensiones básicas de ésta, se centra en el análisis de la "causalidad histórica ideal"; luego define el tipo específico de causación que corresponde a los factores ideales y a los factores reales en la determinación del fenómeno histórico real; finalmente, especifica el modo de influencia de la causalidad ideal en determinados caracteres de los fenómenos históricos.

ABSTRACT

Any real phenomenon can be analyzed from the point of view of a natural theory of causality regardless theological or metaphysical references. From this point of view, this paper constitutes a theoretical reflection on the structure of the "natural" historical causality. Once the basic dimensions of the mentioned structure has been determined, it focuses on the analysis of "the ideal historical causality"; on the other hand, it defines the specific kind of causation which corresponds to the ideal and real factors operating in the determination of the real historical phenomena; finally, it specifies the way the ideal causality influences certain characters of the historical phenomena.

La "historia" -decía Ortega y Gasset- es "el sistema de las experiencias humanas que forman una cadena inexorable y única". Tal reflexión implica que, en un mundo humano que exhibe ciertas regularidades, de las que el mero azar no puede dar cuenta, hay que admitir que existen en su desarrollo histórico determinadas "causas", "razones" o "motivos", los cuales deben ser capaces de dar cuenta tanto de sus encadenamientos como de los caracteres de éstos. Ello hace preciso que la Historia, "al menos en principio", se comprometa consigo misma a "explicar", a "dar razón" o a "exhibir el por qué" de los acontecimientos que narra (Ortega y Gasset, 1948, p. 197). Este decidido compromiso de la Historiografía con la "explicación causal", a la vez que le confiere un estatus científico, le abre la posibilidad de establecer "leyes históricas". Desde esta perspectiva, y dado que "legalidad" y "causación" son nociones estrechamente relacionadas, la cuestión de la "causalidad histórica" se convierte en uno de los puntos clave de la reflexión teórica sobre la Historia.

La problemática teórica que rodea dicha cuestión es ciertamente muy amplia y diversa. Incluye, p.e., problemas relativos a la ubicación de los antecedentes históricos (dentro o fuera de la "Naturaleza"), al enfoque ("natural"/"naturalista") de la causación histórica, a la categorización de los antecedentes históricos (principios, causas, razones, motivos, etc.), a la especificación de la estructura y niveles de la causalidad histórica, a los caracteres de la causación histórica (determinación/indeterminación, necesidad/libertad), a la naturaleza y tipo de explicación a que da origen (nomotetismo/ideografismo), al tipo de legalidad generado por ella (leyes, tendencias, semejanzas, etc.), a la predicción histórica, etc. etc. En todo caso, éstos no constituyen los únicos problemas que reclaman la atención del historiador. En lo que

sigue, reflexionando desde un enfoque "natural", afrontaremos de modo especial la cuestión de la estructura general de la causalidad histórica -con especial incidencia en el análisis de su dimensión ideal-, tocando el resto de las cuestiones sólo en la medida que ella lo exija.

I.- PRESUPOSICIONES DE LA TEORÍA

En cualquier intento de establecer una teoría "científica" de la Historia, el tratamiento del problema de la causalidad deberá prescindir, en principio, de toda implicación de "factores causales" cuyo tratamiento sea asequible únicamente a las exigencias de la Teología y de la Metafísica. Se trata, pues, de ensayar una teoría historiográfica que esté libre de los clásicos "a priori" introducidos por estas Disciplinas. Aquí partimos del supuesto básico de que el hombre es parte de la "Naturaleza" -y "naturaleza" él mismo- y de que tanto su condición esencial propia como la estructura de la historia, que de él se origina, son susceptibles, en principio, de un tratamiento científico "natural", en el mismo sentido en el que se afirma que cualquier objeto o evento real del Universo es una entidad "natural" investigable por la "razón natural" (Boring, 1950, Cap. I). Son, en efecto, muchos los pensadores -filósofos, historiadores e incluso científicos- los que, a partir de la aparición de la "nueva ciencia" de Vico (1744), y en su misma línea, se han venido esforzando en esbozar reconstrucciones de la Historia meramente racionales -"naturales"- en las que se han hecho intervenir únicamente elementos immanentes a la Naturaleza, al margen de las exigencias de la Teología. El segundo paso consistió en abandonar la Metafísica especulativa de la Historia, porque aunque ésta ha tendido a establecer explicaciones immanentes a la Naturaleza, los caracteres de los diversos "apriori" propuestos -p.e., "la intención de la Naturaleza" (Kant), "la astucia de la Idea" (Hegel), la "estructura económica" (Marx), etc.- han impedido uno tras otro una verdadera reflexión "científica" sobre la Historia.

El intento de afrontar la cuestión de la "causalidad histórica" colocándose desde el interior de la "Naturaleza" no implica, en principio, adoptar una concepción monista de la misma. Las Ontologías fenomenológicas del siglo XX permiten tomar como punto de partida la tesis de su pluralidad interna, de su estructuración en órdenes o estratos -lo material, lo orgánico, lo psíquico, el espíritu-, jerarquizados y de complejidad creciente, habiendo aparecido primero los inferiores y representando los superiores una "novedad" en relación a ellos (cf James, 1909; Scheler, 1928; Hartmann, 1942; Popper, 1973). Añádase que, siendo el hombre, la sociedad y la historia tres formas de realidad natural, se da por sentado igualmente que todas ellas están sujetas a la "determinación causal natural" -o a alguna especie de la misma-, del mismo modo que lo están igualmente el resto de los objetos y eventos naturales. Ello naturalmente exige un pronunciamiento expreso sobre el carácter unívoco o equívoco de la "determinación natural", juicio que sólo podrá ser emitido una vez resuelto el problema de aquel pluralismo ontológico.

De acuerdo con tales presupuestos, nos colocamos en la perspectiva de una Antropología naturalista, y en conexión con los principios básicos de la Teoría de la Evolución biológica. De acuerdo con ésta, una vez alcanzado un determinado punto de organización en el proceso evolutivo natural, aparece en el Universo la unidad psicofísica humana (un complejo de estructuras orgánicas y de "psiquismo subjetivo humano"), la cual, en su interacción con el entorno y en su comercio recíproco entre los diversos sujetos psíquicos, llegó a dar origen al "espíritu objetivo" (el mundo de las ideas, valores, metas, significados, etc.), espíritu que a su vez, a través de sucesivos

procesos de "objetivación" o actualización real, deviene "espíritu objetivado" (mundo de la cultura, del arte, de la ciencia, etc. -y, en definitiva, de la "historia"). El hombre, pues, en tanto que instancia natural dinámica, no es reducible ni a aquella "unidad psicofísica", ni al total del "psiquismo subjetivo" (la psiche), ni menos aún a una dimensión parcial de éste como, p.e., la racionalidad. Por otra parte, el psiquismo humano no está cerrado sobre sí mismo sino que, por él, el hombre es capaz de entrar en relación con el/los mundo/s ideal/es -"espíritu objetivo"-, mundos que si por un lado es capaz de descubrir (y quizás de crear), por otro es capaz de actualizar en la realidad material, en lo que se denomina "espíritu objetivado" (Scheler, 1928, trad., p. 2; Hartmann, 1942), expresión de la historia. Existe un orden estratificado y jerárquico entre la "unidad psicofísica" (estratos material, orgánico y meramente psíquico), el "espíritu subjetivo" (la unidad natural de las capacidades y actos que el sujeto realiza en relación con el/los "mundo/s ideal/es") y el "espíritu objetivo", esto es, ese "mundo ideal" con el que el "espíritu subjetivo" específicamente humano puede entrar en relaciones múltiples. No es propósito de este trabajo investigar la "génesis" onto o filogenética de las capacidades espirituales del sujeto humano; únicamente se trata de realizar una reflexión sobre aquellas "acutaciones" que éste realiza en orden al descubrimiento, invención y actualización efectiva -en la historia- de las diversas dimensiones del "espíritu objetivo".

La aceptación de tales "presuposiciones", además de evitar la hipoteca que supone la aceptación de cualquier apriorismo especulativo, permiten esperar -de nuevo Ortega y Gasset- el día en que la Historia "deje de ser el cuento de hadas que todavía es" y en que la aparición de un "Galileo de la Historia", evitando hipótesis como las de la Divinidad, el Libre Arbitrio, la Razón absoluta, la Estructura Económica", etc., hagan que éstas impidan el paso hacia el "Sistema de Historia" postulado por "los nervios de nuestra época" (Ortega y Gasset, 1924). En realidad, no son sino las presuposiciones mínimas de cara a teoría científica de la Historia.

II.- DIMENSIONES BASICAS DE LA "CAUSACION HISTORICA"

En la complejidad exhibida por los procesos históricos participan simultáneamente tres niveles u órdenes diferentes de factores: el "estructural", el "material" y el "genético". El "orden estructural" está representado por el conjunto de aquellas ideas, valores, principios teóricos, significaciones, etc., que correspondiendo al mundo ideal o del "espíritu objetivo", han sido incorporados de una u otra forma en los eventos históricos reales; el "orden material" está constituido por el conjunto de factores materiales en los que aquel mundo ideal se objetiva o se actualiza realmente (p.e., el marmol respecto de la estatua o el papiro respecto del tratado científico); finalmente, el "orden genético" está representado por aquel conjunto de fuerzas reales -persona y sociedad- de las que depende el que dicha actualización sea realmente efectiva en los procesos históricos. Dado que, los factores del "orden material" deben ser categorizados como "condiciones" necesarias de los procesos históricos más que como verdaderas "causas históricas", la reflexión teórica sobre la causalidad queda reducida básicamente a una discusión sobre los órdenes "estructural" y "genético" y sobre sus relaciones reales o posibles.

Ante cualquier fenómeno natural, el científico puede adoptar una doble actitud: "describirlo" en sus manifestaciones presentes o "explicar" su génesis real. En esta segunda opción, supradescriptiva y supraclasificatoria, se busca identificar las "causas" del fenómeno y, consiguientemente, realizar una "ciencia explicativa", capaz de enunciar "leyes causales". leyes que van más allá del enunciado de las meras

secuencias temporales o de sucesión fáctica del estilo de las preconizadas por el positivismo decimonónico. Pues bien, la Historiografía científica pretende adoptar esta segunda actitud y por tanto se sitúa en el punto de vista genético-causal en relación a los procesos humanos colectivos. Ello obliga a que el teórico realice previamente una reflexión meta-histórica con el fin de definir la estructura general de la causalidad histórica, la forma en que se organiza la participación de los distintos determinantes causales -ideales, personales y sociales- en los procesos históricos reales, la naturaleza y peso específico de cada uno, etc., etc. El resultado de este análisis meta-histórico podría ser representado en lo que denominamos "triángulo de la causalidad histórica".

Por una parte, la forma tradicional más común de explicar la génesis y dirección de los acontecimientos históricos consistió en focalizar la causalidad de los mismos en el "espíritu subjetivo" (entendido como conjunto de "factores personales"). En tal caso se subrayaba el papel decisivo de ciertos individuos, supuestamente dotados de una férrea voluntad y de una inteligencia clarividente y creativa (reyes, héroes, santos, científicos, poetas, etc.) -a los que se categorizó teóricamente como "grandes hombres"-, los cuales, tomados como guía por las masas, determinarían -como responsables básicos, si no es que en exclusiva- la configuración de la historia de los pueblos en sus diversos aspectos, político, social, cultural, científico, etc. (así, entre otros, San Agustín, Bossuet, Carlyle, Dilthey, James, R. I. Watson, Mindess, y en parte igualmente Hegel y Boring). Este aspecto de la causalidad histórica ha sido suficientemente destacado por los teóricos de la Historia y entendemos, con la tradición, que en la determinación de la génesis real de los procesos históricos el factor personal humano -el "espíritu subjetivo", con sus múltiples capacidades intelectivas y volitivas, inclinaciones, expectativas, instintos y pasiones- constituye un pilar ineludible de la estructura de la causalidad histórica (vért. inferior izquierda).

Por otra, a partir de la segunda mitad del siglo XIX y sobre todo de comienzos del XX, se ha desarrollado una tendencia historiográfica opuesta, de acuerdo con la cual el eje de la causalidad histórica debe ser colocado en el exterior de la persona, particularmente en su "contexto social", tomando dicho contexto en sentido amplio como ideología, instituciones, política, economía, derecho, religión, etc., etc. Así aparece en las corrientes denominadas "Nueva Historia Social", "Nueva Historia Económica", "Historia Total", la Sociología de la Cultura; la reciente Teoría de la Ciencia (Hanson, Kuhn, Feyerabend, Toulmin, Laudan) hizo del contexto socio-histórico una clave fundamental para la explicación histórica de la ciencia, y ello ha dado lugar a una potente "historiografía crítica" de la ciencia, de la que son ejemplo entre otros, para la ciencia en general, Merton, De Gree, Ben-David y Zloczower, Ziman, Collins, etc., y, para la psicología, Ben-David, Ben-David y Collins, Gergen, Buss, Littman, Danziger, Leary, etc. Pues bien, hoy resulta difícil poner en duda que el factor sociológico constituye una dimensión destacada de la causalidad histórica, y es por ello que, una vez asumido, da lugar a otro de los vértices del hipotético triángulo de la causalidad histórica (vért. inferior izquierda).

Generalmente ambos tipos de factores aparecen en la literatura historiográfica en disposición dicotómica (individuo vs. sociedad, "grandes hombres" vs. "Zeitgeist", personalismo vs. naturalismo), como si ellos solos agotaran el total de la causalidad histórica. Mas, quien desde una concepción neutral asuma la extraordinaria riqueza estratigráfica de los fenómenos históricos reales, estará dispuesto a mantener que la presente disposición dicotómica encubre profundos sesgos historiográficos y de modo

especial el del particularismo- que le impiden proporcionar una explicación equilibrada de la totalidad de sus dimensiones. De hecho, la orientación historiográfica contextualista actual ha hecho perder de vista en gran medida todo lo que no sea persona y sociedad. No es objeto de este trabajo especificar la preponderancia de una sobre la otra; basta con señalar que ambas dimensiones son imprescindibles en los fenómenos de causación histórica. Ahora bien, aún en el supuesto de que se adoptara una posición integradora de las dos alternativas de la dicotomía, entendemos que, en cada fenómeno histórico, aparece todavía un "más" esencial, que no es reductible ni a la voluntad personal de los agentes humanos ni a las presiones de la Sociedad. La afirmación de la presencia de este "más" -que cada fenómeno histórico incorpora y que, en términos genéricos, se corresponde con lo que Hegel denominaba "espíritu objetivo"- ha constituido un tópico común entre los meta-teóricos de la historia, especialmente repetido por la tradicional interpretación historicista (los neokanianos de Baden y luego Scheler lo vieron como "valores"; Troeltsch, como "sentido"; Croce y Collingwood, como "pensamientos", etc.). Pues bien, asumido igualmente, afirmamos que ese "más" -el "espíritu objetivo"- constituye precisamente el tercero de los vértices del citado triángulo de la causalidad histórica.

La Historia, pues, se nos ofrece como una confluencia entre "determinaciones" de tipo ideal, personal y social. Dado que la primera de ellas ha recibido una menor atención meta-histórica intentaremos en lo que sigue especificar su naturaleza, su condición causal y sus relaciones con los otros dos factores genéticos en la estructura de la causalidad histórica global.

III.- ANALISIS DE LA CAUSALIDAD HISTORICA IDEAL

Asumir que el "espíritu objetivo" constituye una de las dimensiones causales básicas de los procesos históricos no implica en absoluto introducir en dicho campo un factor trascendente al universo humano, esto es, una dimensión sobre-natural, ahistórica. Se trata, por el contrario, de un estrato de la realidad cuya explicación, como se ha dicho, está al alcance de las posibilidades de la "ciencia". La psicología y la filosofía de finales del siglo pasado y primeras décadas del presente se encargaron de desarrollar los fundamentos teóricos de dicha posibilidad. Una reflexión sobre algunas explicaciones empíricas del "espíritu objetivo" apuntadas a lo largo de dicha etapa permitirá comprender tanto su naturaleza como su capacidad para ser aducido como factor causal histórico.

I. El punto de partida de esta explicación debe ser buscado en la doctrina de la "intencionalidad" de los actos psíquicos de Brentano, la cual sería desarrollada de inmediato por un nutrido número de intelectuales (filósofos, psicólogos e historiadores, especialmente alemanes), que además de precisar las limitaciones de su pensamiento -excesiva intelectualización de la misma- se encaminaron a definir la naturaleza de los objetos específicos de la "intencionalidad". Dilthey (1883) caracterizó asimismo los actos mentales como "intencionales" y mantuvo que el conjunto de tales actos en el hombre constituye su "espíritu", lo que le permitió interpretar el "espíritu humano" (el "espíritu subjetivo") como un orden o dominio de la realidad natural, sin que ello implicara en su pensamiento una reducción "naturalista" (fisicista) del mismo. En su peculiar protesta contra la concepción excesivamente "intelectualista" del sujeto humano tanto de Kant como de Hume (Dilthey, 1883, trad., p. 31) -razón abstracta por la que "no corre sangre efectiva"-, Dilthey especificó lo que denominaba la "totalidad de nuestra naturaleza" como una "estructura psíquica" en la que participan "actos psíquicos" de

"conocimiento" (representación), de "afecto" y de "volición", los cuales no son sino "aspectos" o dimensiones de una estructura única: "nuestro entero ser volitivo, afectivo y representativo" (Dilthey, 1883, trad., p. 31; cf 1894, trad., 229). La aportación diltheyana más importante para nuestro argumento reside en haber diversificado las formas de la "intencionalidad" -que, en su opinión además de intelectual, es volitiva y emocional- y, consiguientemente, en haber ampliado la diversidad de posibles tipos de "objetos" a los que pueden llevar las "intenciones" del sujeto humano. Dilthey abrió incluso las puertas a una teorización del espíritu objetivo a partir de la experiencia humana al establecer una relación entre la "intencionalidad" y los "valores" (Dilthey, 1985-1986), un trámite en el que sería seguido poco después por tanto por los neokantianos de Baden como por los axiólogos de las primeras décadas del siglo XX. No obstante, el lazo de unión entre éstos y Brentano sería la Fenomenología de Husserl.

Partiendo igualmente de la doctrina de la "intencionalidad" de los "actos" mentales, Husserl pudo concluir que un análisis fenomenológico de la "experiencia inmediata" del sujeto va mucho más allá de lo que había mantenido Kant -las meras "apariencias" del objeto-en-sí o noumeno-, pues descubre o alcanza, de manera directa e inmediata, el mismo "objeto-en-sí", en su pura dimensión ideal: todo un mundo de "ideas", de "esencias", de "posibilidades puras"; en cierta manera semejante a las matemáticas, la Fenomenología es, por tanto, una "ciencia de esencias", intemporales e irreales, eternas (Husserl, 1913, trad., p. 10). No obstante, a pesar de haber descubierto la vía de acceso al mundo de las "esencias" (una parte importante del "espíritu objetivo"), su universo eidético estaba limitado a lo relativo a la "intencionalidad" cognoscitiva o representativa del ser humano, el cual, no obstante, como se vio -en opinión de Dilthey-, es además volitivo y afectivo. El paso siguiente correspondió a los filósofo-historiadores de Baden -Windelband y Rickert- los cuales antes de finalizar el siglo XIX, preocupados por resolver el problema diltheyano de la Historia e influidos por la teoría del valor de Lotze, vieron en el campo de los "valores" una respuesta epistemológica suficiente a la difícil cuestión del relativismo del conocimiento histórico. Entidades intemporales y eternamente válidas, los "valores" constituyen, en su opinión, los supuestos objetivos necesarios, "a priori", de toda cultura, la meta de toda actividad cultural, y a su vez su norma y criterio ideal. Mérito suyo fue, por tanto, el que, además de ampliar el campo del "espíritu objetivo, que ahora incluye igualmente los valores, se atribuyera a éstos una decisiva causalidad sobre los eventos históricos reales, de modo que ellos pusieron al primera piedra para la elaboración posterior de una la teoría de la "causalidad histórica ideal".

Cuando una nueva ciencia -la Axiología- tomó los "valores" como centro de la teoría de la conducta humana, individual y colectiva, a través de las múltiples aportaciones de Ehrenfels, Meinong, E. von Hartmann, Krüger, Münsterberg, Bosanquet, Scheler, Ostwald, Müller-Freienfels, Bouglé, N. Hartmann, A. Stern, etc., la teorización sobre el "espíritu objetivo" tomó un cariz mucho más comprensivo. Por su noción de "valor" y por la imbricación que sostiene entre los "valores", la Cultura, la Sociología y la Historia, la posición teórica de Scheler resulta aquí especialmente significativa. También para él el análisis fenomenológico conduce a una auténtica intuición de "esencia", pero siendo más vitalista que Husserl, aún sin dejar de lado el examen de la intencionalidad intelectual (esencias), centró su interés básicamente en la descripción fenomenológica de la intencionalidad emocional (Scheler, 1923), cuyos objetos son precisamente "valores". Scheler deducía de sus análisis que los objetos-valores captados en la experiencia inmediata del sujeto constituyen una esfera real, si bien intemporal, que no debe ser confundida con la esfera del ser, del bien o de los

finés, que es irreductible a cualquier otro tipo de objetos, y que compone un mundo objetivo, autojustificado, e independiente del hecho o del acto de su aprehensión por el sujeto, un mundo autónomo en el que existen múltiples relaciones mutuas esenciales entre sus componentes, y que está regido por sus propias leyes "a priori", las cuales no son inferiores ni superiores a las leyes lógicas, sino sencillamente distintas; un mundo ideal diversificado en el que las "esencias" husserlianas estarían representadas por un tipo especial de los valores espirituales (los relativos al conocimiento puro). También para Scheler (1926) es precisamente por relación a este mundo ideal -"espíritu objetivo"- cómo se explica el acontecer histórico, lo que confiere a éste una amplia dimensión causal.

En los estudios precedentes sobre el "espíritu objetivo" (ya como "esencias" ya como "valores") había todavía una fuerte inspiración platónica: dicho espíritu es interpretado como un mundo ideal, intemporal e inespacial, eterno, regido por leyes internas "a priori" propias, independiente de los actos en que se aprehende, y "autónomo" en relación al resto de los estratos de la realidad, y respecto del que la intencionalidad humana, en sus diversas formas, no puede hacer otra cosa que "descubrirlo". Esas mismas características seguía teniendo todavía en la concepción ontológica de Whitehead (1929) de los "objetos eternos" o "potenciales puros para la determinación de los hechos" ("ideas" que representan "esencias"), que, junto con las "entidades actuales" y la "experiencia humana" (con sus "formas subjetivas" de prehensión: intelectual, volitiva y emotiva), constituyen el todo de la realidad (Whitehead, 1929, trad., p. 39-46). Sin embargo, con la aparición de la moderna Lógica-Matemática, la caracterización del "espíritu objetivo" y de sus relaciones con el "espíritu subjetivo" va sufriendo una profunda transformación, que afectará no ya al número mayor o menor de sus dimensiones, sino a su misma naturaleza intrínseca: el "espíritu objetivo" pierde tanto su condición de "a priori" absoluto como su autonomía: en lugar de limitarse a "descubrirlo", la intencionalidad de la mente humana pasa a convertirse en factor "creador" del mismo. Con la aparición de las paradojas lógicas y el desarrollo de las matemáticas no-euclidianas, la Matemática clásica no sólo perdió el fundamento que la Epistemología y la Metafísica (esencialistas y realistas) le habían venido proporcionando durante siglos y que hacían de sus nociones y axiomas verdades auto-evidentes, absolutas y eternas; la Matemática y la Lógica clásicas, fueron reducidas a una forma particular de matemática de la Lógico-Matemática. Lo decisivo en la nueva Matemática es que todos sus elementos básicos -nociones primitivas, principios de transformación de tales nociones, principios de formación de postulados, reglas de elección de principios primitivos del sistema y reglas de deducción- fueron interpretados como "convenciones", como una fabricación de la mente de los matemáticos (Cf Hull, 1943, p. 9). De acuerdo con ello, el mundo del "espíritu objetivo", al menos en la parte que está integrada por las nociones y principios matemáticos, no es ya un mundo de verdad absoluta, ni un "a priori", ni algo autónomo; deja de ser algo que haya de ser "descubierto" en el examen de la intencionalidad intelectual: realmente es algo "creado" o "producido" por la misma mente humana. Ante tan revolucionarias conclusiones, cabría preguntarse si no sucederá lo mismo con el resto de sus dimensiones antes apuntadas -"esencias" (Husserl), "valores" (Scheler), "objetos eternos" (Whitehead)-, y así igualmente con cualquier otra forma en que el "mundo objetivo" pueda ser pensado. De resultar cierta esta sospecha, las relaciones entre el "espíritu objetivo" y la Historia se herían mucho más estrechas y "naturales", y el carácter causal de aquél respecto a ésta se volvería más verosímil. La respuesta está en el pensamiento de Popper.

Partiendo de una concepción pluralista del universo, Popper distingue tres órdenes de realidad o "Mundos" diferentes (1973, trad., p. 103-152; cf además 1972, Caps. 3 y 4): el "Mundo 1" ("el mundo de la física", incluida la química y la biología), el "Mundo 2" ("el mundo psicológico", los procesos psíquicos de la mente humana y animal) y el "Mundo 3" ("el mundo de los productos de la mente humana" -ciencia, obras de arte, valores éticos, instituciones sociales, etc.). Irreductible a los otros dos, el "Mundo 3" se caracteriza, en primer lugar, porque sus objetos están sujetos a leyes que les son específicas, diferentes a las de los otros dos mundos; en segundo, porque representa "una clase de cosas" especial, "abstracta" -p.e., problemas, teorías, argumentos, etc., o ideas de belleza, de acorde, de bravura, y así otras más- en las que está presente siempre un contenido -un mensaje, un significado-, que no se identifica ni con el soporte físico en el que aparecen ("Mundo 1") ni con los procesos mentales (Mundo 2) que mediaron en su realización; en tercero, porque él mismo es histórico, pues no comienza hasta que el lenguaje humano ha alcanzado un grado de evolución específico -tiene como determinante básico "el conocimiento humano formulado lingüísticamente" (1973, trad., p. 137)-; finalmente, su contenido está determinado no sólo por las ideas, problemas, teorías, etc. ya explícitos en la Cultura y en la Historia, sino que incluye además aquellas otras que, no habiendo sido formuladas lingüísticamente todavía (1973, trad., p. 137), pueden serlo en el futuro. A pesar de estos caracteres, este "abstracto "Mundo 3" es auténticamente real, en el mismo sentido en que lo es, p.e. el "Mundo 1" físico (1973, trad., p. 138). Popper subraya entre los caracteres del "Mundo 3" dos más que son especialmente significativos para nuestro argumento: su parcial autonomía y su capacidad causadora.

El primero de ellos -que coloca a Popper en línea con la Lógica-Matemática- tiene dos caras complementarias. Por una parte, el "Mundo 3" es, al menos en parte, autónomo: esto se deja ver en que, aún siendo productos de procesos psicológicos subjetivos ("Mundo 2"), "los contenidos de pensamientos objetivos", una vez formulados en un lenguaje humano, dejan de ser parte de nosotros mismos para convertirse en "un mundo objetivo fuera de nosotros", "independientes y claramente diferenciables de los procesos de pensamiento subjetivos o personales por medio de los cuales son captados" (1973, trad., p. 141), un mundo de pensamientos que puede llevar una vida propia -en un teórico despliegue (historia) según sus leyes internas en relación a sus problemas y soluciones- en el que pueden ser criticados inter-subjetivamente. Por otra, no todo el contenido del "Mundo 3" es autónomo: de hecho, en su primer origen, dicho Mundo constituye una invención o construcción del "espíritu subjetivo. La mente humana ("Mundo 2") puede "crear" -y de hecho lo hace- conjuntos de nociones y principios teóricos básicos ("Mundo 3"), trabados según determinadas reglas internas de funcionamiento, cuyo ulterior despliegue entrará a constituir nuevas dimensiones de dicho "Mundo 3". Tales conjuntos teóricos básicos no son autónomos, puesto que dependen de los procesos de pensamiento ("Mundo 2") a través de los cuales fueron propuestos. A tenor de tales caracteres, si bien es la mente humana quien "crea" los principios básicos de cada construcción del "espíritu objetivo", una vez creados ella se limita sólo a "descubrir" el despliegue de los problemas y soluciones implicados en los mismos (Popper, 1973, trad., p. 143). Añádase en fin, que, aunque fueron hechas desde el campo de las Matemáticas, estas reflexiones son aplicables por igual a todo el mundo de la ciencia y de la técnica (Popper, 1973, trad., p. 143), y que lo son asimismo a todo el campo de la cultura -de las "esencias", de los "valores", de los "objetos eternos", etc.- y, más en concreto, a todos los sistemas teóricos matemáticos, científicos, literarios, estéticos, morales, políticos, institucionales, económicos, etc.

en general, a todo posible contenido del "Mundo 3" cualquiera que sea el dominio de la intencionalidad de que provenga en su primera aparición

El segundo de los caracteres -que coloca a Popper más bien en línea con los Axiólogos- abre de manera directa el "mundo ideal" a la cuestión de la causalidad histórica. Aun cuando los objetos autónomos del "Mundo 3" no hayan tomado aún alguna forma propia del "Mundo 1" ni del "Mundo 2", sin embargo, "interactúan con nuestros procesos de pensamiento; de hecho, influyen decisivamente en ellos" (1973, trad., p. 141); están, pues, dotados, de algún tipo de potencia o virtualidad causal efectiva. Concretamente, "si algunos hombres, o muchos, buscan una solución para un problema matemático aún no resuelto, entonces todos ellos están, posiblemente de muchas maneras diferentes, influidos por ese problema. El éxito de sus intentos de resolverlo dependerá, al menos una parte, de la existencia o inexistencia, en el 'Mundo 3', de una solución al problema, y, en parte, de si sus procesos de pensamiento les llevan o no a contenidos de pensamiento verdaderos. Esto muestra que los objetos autónomos del 'Mundo 3' ejercen una fuerte influencia causal (subr. mio) sobre los procesos del 'Mundo 2' Y si un problema, recientemente descubierto, del 'Mundo 3', con o sin solución, se publica, entonces la influencia causal (subr. mio) se extiende incluso al 'Mundo 1', al contribuir a poner en movimiento los dedos de los tipógrafos e incluso las ruedas de las máquinas impresoras" (Popper, 1973, trad., p. 143). Es en este mismo sentido en el que Scheler hablaba de una "Sociología causal" (Scheler, 1926, trad., p. 13-14). De otra manera: regidos por sus propias leyes internas, los sistemas originarios -teóricos, axiológicos, técnicos, institucionales, etc.- del "Mundo 3", a la vez que imponen una determinada evolución intrínseca de sí mismos, "determinan", en parte al menos, tanto la actuación concreta de las mentes ("Mundo 2") que desarrollan efectivamente sus implicaciones internas como la marcha de su actualización u objetivación en las entidades físicas ("Mundo 1"). ¿Cuál es, pues, la naturaleza de la causalidad específica del mundo ideal o espíritu objetivo?

II. Se pretende ahora diseñar una estructuración global de la "causalidad histórica", que, respetando tanto la peculiaridad ontológica de los diferentes niveles u órdenes causales integrantes del fenómeno histórico -espíritu, persona y sociedad- como las peculiaridades del carácter causal de cada uno, permita integrarlos en un sistema causal unitario.

En orden a concretizar tal diseño, Scheler enunció su "ley fundamental de la causación histórica"; a través de ella pretendía determinar los tipos básicos de causalidad histórica y "la forma de cooperación" de acuerdo con la cual esos tipos básicos (a saber, los factores ideales -el "espíritu objetivo"- y los factores reales -las relaciones reales de la vida <la "estructura del espíritu" y la "estructura de impulsos", condicionadas socialmente>) influyen, en principio, sobre el posible curso del acontecer histórico-social. La ley scheleriana, cuyo significado compartimos, fue formulada en los términos siguientes: "El espíritu en sentido subjetivo y objetivo, como espíritu, además, individual y colectivo, determina pura y exclusivamente la esencia de los contenidos de la cultura, los cuales pueden, en cuanto así determinados, llegar a ser. Pero el espíritu como tal no tiene originariamente en sí o por su naturaleza el menor rudimento de 'fuerza' o de 'eficiencia causal' para dar la existencia a aquellos sus contenidos. El espíritu es un 'factor de determinación', pero no un 'factor de realización' del posible curso de la cultura" (1926, trad., p. 14-15) y -añadimos- de modo general, del posible curso de la historia. Existen, por tanto, dos formas de causalidad histórica bien

diferenciadas -una, como "determinación ideal", y otra como "actualización real"- cada una de las cuales responde de dimensiones diferentes de los procesos históricos. Concretamente, la del "espíritu" (bien sea tomado como "espíritu objetivo" -en su despliegue interno- bien como cooperación "espíritu objetivo"/"espíritu subjetivo personal", es una "causalidad histórica puramente ideal", que, si bien "determina" la esencia o el significado de los acontecimientos histórico-culturales, es incapaz por sí misma de "actualizar" efectivamente ninguno de ellos: proporciona sólo las "leyes de sentido" de la historia. De hecho, de no existir otro tipo de factores causales, jamás se produciría historia real alguna, y la única posible sería una "historia puramente ideal", puramente "interna", como mero despliegue ideal del "espíritu objetivo". No obstante, el hecho es que, en una innumerable cantidad de casos, existe y actúa realmente el otro polo de la causación histórica -"factores de realización" (el sujeto impulsivo y la Sociedad)-, y que ello determina que muchas dimensiones de aquella "historia ideal" lleguen a actualizarse de manera efectiva en el curso de los procesos histórico-culturales reales.

La especificación de la amplitud y el tipo de "determinación" implicados en el despliegue autónomo del "espíritu objetivo" requiere un análisis más refinado. La reflexión piagetiana sobre las relaciones "causalidad"/"implicación" son aquí pertinente (Piaget, 1963, trad., p. 184ss). Tras analizar la dicotomía entre ambas categorías, Piaget afirmaba que ninguna de las nociones de la "causalidad" (física o física-orgánica) es aplicable a los hechos de conciencia, y que "en el campo de la inteligencia, el modo esencial del vínculo propio de la conciencia lógica es la implicación (en sus diversos sentidos) según la cual una o varias afirmaciones implican necesariamente otras" (1963, trad., p. 187); la verdad " $2+2=4$ ", p.e., no "causa", sino que "implica", la correspondiente verdad " $4-2=2$ ". Se trata de una relación que "se caracteriza por un sentimiento de necesidad que es muy diferente de una determinación causal, ya que ésta no presenta excepción alguna, mientras que la necesidad constituye una obligación que debe respetarse: ahora bien, no siempre se lo hace" (1963, trad., p. 187). La reflexión piagetiana es válida asimismo para implicaciones no matemáticas (p.e., las relaciones meta-medios o regla moral-seguimiento de la misma), e incluso puede generalizarse a todo el campo de la conciencia, puesto que el carácter más general de ésta consiste en tener "significaciones" y "la relación entre significaciones es, en forma general, una relación de implicación", sea en la forma de implicaciones cognoscitivas (verdad y falsedad) sea en la de implicaciones afectivas (valores). Piaget denominó a esta relación general "implicación en sentido amplio" -más precisamente, "implicación significativa"- e hizo de la implicación inferencial o lógica un caso particular de la misma (1963, trad., p. 188). Por consiguiente, las diversas formas de las "implicaciones significantes" no sólo se refieren al campo de la totalidad de las ciencias deductivas, sino que abarcan igualmente el del conjunto de las ciencias especiales, las bellas artes, la moral, el derecho, etc., y, en general, el de todos los ámbitos del "espíritu objetivo"- en definitiva, el de la cultura y de la historia.

Para fijar el alcance final de la causación histórica ideal frente a la real, un nuevo ejemplo de Piaget resulta ilustrativo. El "isomorfismo" entre el campo de las "implicaciones" en la conciencia (p.e., la implicación logicomatemática de un calculador <matemático>) y el de la "causalidad física u orgánica" (p.e., la causalidad mecánica que se opera en una calculadora <electrónica>, típica de un "cerebro artificial") no debe hacer olvidar que existe una profunda diferencia entre ambas: el calculador (el matemático) razona "en virtud de la validez de sus implicaciones", mientras que la calculadora (electrónica), aún siendo capaz de correcciones reguladoras (mediante

procesos de "feed-back" y hasta de una cierta "invención" "fabrica de manera causal" la verdad "con el mismo desprendimiento con que una piedra adquiere la forma de un hermoso cristal, si las condiciones dadas le obligan a hacerlo" (Piaget, 1963, p. 190-191). En realidad, como corresponde a una concepción "natural" de Universo, en ambos casos -el de la inteligencia ("espíritu objetivo") y el de la psicofísica- existe "determinación" y lo que los diferencia es el tipo de "necesidad" que dicha "determinación" engendra en cada una. La "determinación ideal", de la que hablaba Scheler, aún siendo una "implicación" que representa una determinación "necesaria" (lo es, en efecto, desde el punto de vista del despliegue autónomo del "espíritu objetivo"), no hace que dicha necesidad sea "absoluta" (desde el punto de vista de su "actualización" real). De hecho, dado que en orden a dicha actualización, los factores ideales tienen necesidad de someterse a la acción de los factores reales -naturaleza impulsiva del hombre, presiones de la sociedad y condicionamientos de los objetos naturales-, aquella "autonomía" esencial de que gozan en su despliegue ideal se torna "susceptible de suspensión" -esto es, "modificable" (Scheler)-, de manera que la actuación eficaz de los factores reales puede violentar, y con frecuencia lo hace, el sentido y la dirección del despliegue ideal posible de sus implicaciones internas. Por el contrario, en el polo opuesto de la causalidad histórica, los "factores de realización" ("la vida condicionada por impulsos" y todo el complejo conjunto de relaciones sociales, económicas, institucionales, etc.) exhiben un tipo de "determinación" que, siendo igualmente necesaria, en principio es absoluta, en el sentido en el que Piaget especificaba la naturaleza de la "causalidad física o biológica". Así las cosas, reducir la explicación histórica a los factores ideales implicaría elaborar únicamente una "historia interna"; reducirla, por el contrario, a los factores reales -eliminando la acción de los ideales o de sentido-, equivaldría a propiciar una "historia puramente externalista", que por añadidura sería no sólo una interpretación "natural" sino también "naturalista", reduccionista.

La categorización precedentes de los dos tipos más generales de causación histórica permita siquiera dejar apuntado un nuevo problema metahistórico. Por un lado, entendida como "implicación significativa", y en tanto que se ejerce sobre el "espíritu subjetivo" personal, los factores que componen la causalidad ideal pueden ser categorizados como "razones" ("una motivación espiritual inteligible"). Por otro, la los factores de causalidad real, inherentes al mundo de los impulsos humanos individuales, podrían ser categorizados como "motivaciones" (o "intermotivaciones", para el caso de las relaciones sociales, interpersonales). Finalmente, como las presiones sociales -sean o no más fuertes que las motivaciones impulsivas individuales- no son eficaces sino únicamente a través de los individuos, la cuestión de las "motivaciones" se convierte en un problema clave de la causalidad histórica real; es por ello que Psicología se revela como Ciencia auxiliar imprescindible de la Historia. [Así lo vieron efectivamente figuras tan destacadas como Taine, Dilthey, G. Villa, Lamprecht, Münsterberg, etc., al igual que, en la reciente Teoría de la Ciencia, Kuhn, Tourmin, etc.].

CONCLUSIONES

I. La reflexión precedente pone de relieve que la cuestión de la "causalidad histórica" en su conjunto puede ser desarrollada toda ella desde una perspectiva "natural", eliminando de la misma los "a priori" historiográficos especulativos, y por consiguiente posibilitando un tratamiento "científico" de la misma. Por otra parte, la afirmación de la tesis de la "parcial autonomía" del espíritu objetivo (con la consiguiente dependencia originaria del "espíritu subjetivo") -junto con el hecho de la diversidad

étnico-cultural de los pueblos-, al eliminar los "absolutos" (ideas, ideales, valores, normas, etc.) que habían sido considerados en muchas ocasiones como los verdaderos reguladores del sentido de la "historia", permite introducir la tesis de los "absolutos relativos" (absolutos en el interior de cada sistema teórico, institución, grupo cultural, pueblo, etc., pero relativos en relación al exterior de los mismos), y con ello fijar un fundamento serio para la reconstrucción y de crítica historiográfica, en un nivel más profundo que el señalado por los historicistas de principio de siglo (p.e., Rickert, Troeltsch).

II. Pone de relieve igualmente que en una teoría de la "causalidad múltiple" -en la que además los diversos estratos u órdenes de causación dan lugar a organizaciones estructurales con un sinnúmero de feed-back recíprocos-, como es la aquí apuntada, la adopción de cualquier interpretación parcialista de la misma carece de un fundamento serio. Ello implica que en la explicación historiográfica las dicotomías "Grandes-Hombres"/"Zeitgeist", personalismo/naturalismo o personalismo/contextualismo son ya secundarias; por el contrario, de acuerdo con Scheler, la más originaria es la que contrapone "factores de sentido"/"factores de realización". En todo caso, la dicotomía clásica "historia interna"/"historia externa" resulta a todas luces distorsionante. Por un lado, una historia interna "real" es un contrasentido y no existe: reducir la historia "real" a un conjunto de procesos espirituales "determinados" únicamente por una "lógica de sentido" -p.e., la de Hegel (1840, trad., p. 59-60)-, como proponen los internalistas, constituye un contradicción, pues, liberada a sus solas fuerzas, dejando al margen su dimensión causal-genética, tal historia no habría llegado nunca a ser real, y permanecería eternamente en el reino puro de lo intemporal. Por otro, una interpretación rigidamente externalista (en función de los factores de realización) resultaría no menos ineficaz, pues tanto la causalidad impulsiva como la causalidad social son rigurosamente automáticas y ciegas para toda dimensión de "sentido" (de contenido espiritual) de los eventos histórico-culturales, lo que privaría a éstos de su condición esencial de "históricos". Este argumento es igualmente válido, y con mayor fuerza, contra las interpretaciones reduccionistas biológicas o fisicistas de la causalidad histórica.

III. El presente enfoque sobre las causalidad histórica permite afrontar ciertas cuestiones -p.e., determinación, necesidad, legalidad, predicción, etc.- desde una nueva perspectiva. La cuestión de la "predicción histórica" puede ser una buena ilustración de la misma. Dado que, tomados en el conjunto de sus dimensiones, los eventos históricos son fenómenos "naturales", todos ellos deben estar "determinados" causalmente; el conocimiento de dicha determinación conducirá a la formulación de "leyes" y, en principio, de "predicciones" históricas. Marx, Nietzsche, Spengler u Ortega y Gasset aceptaron el carácter profético de la Historia; Schiller, Hegel, Burckhard, Valery o Popper lo negaron. Por otra parte, los historiadores tienen conciencia de que, en la práctica, sus predicciones no sólo no tienen la precisión que las de los astrónomos, sino que en la mayoría de las ocasiones desembocan en claros fracasos. La pregunta por la raíz de tales imprecisiones y fracasos puede tener como respuesta el que, por oposición a los eventos astronómicos, los eventos históricos incorporan una forma de causalidad infinitamente más amplia en número y tipos de estratos causales, más diversificada en las formas de determinación y, finalmente, más complicada en su estructura total.

Reducir la investigación histórica sólo a un análisis del despliegue interno del "espíritu objetivo", implicaría ver la "historia ideal" resultante como un proceso tan "determinado" y "necesario" como el desarrollo de una fórmula matemática, de manera

que la historia de la humanidad podría ser descrita "more geometrico", del mismo modo en que Spinoza escribió su ética: las posibles predicciones históricas realizadas en el seno de esta historia ideal deberían tener el carácter de predicciones absolutas. Cuando, por el contrario, se pasa al "orden genético-causal" y entra en juego la estructura siempre problemática del "espíritu subjetivo", individual y social, la situación se vuelve muy diferente. Por un lado, siendo eventos naturales, la "motivación" individual y la "intermotivación" social son fenómenos "determinados" por antecedentes causales cognoscibles científicamente; por tanto, para quien disponga de este conocimiento la predicción histórica deberá ser, "en principio", tan posible como en los casos en que interviene la causalidad física u orgánica. Por otro, y como consecuencia, si "en la práctica" las predicciones históricas no llegan a ser fiables, la razón no debe ser imputada a la estructura ontológica de los factores individuales y colectivos de la causalidad sino a las limitaciones fácticas del conocimiento científico de los mismos. Ello traslada la cuestión de la capacidad de predicción histórica al campo del conocimiento psicológico disponible en cada momento sobre el hombre y sobre la sociedad (Psicología, individual y colectiva). Y, en este caso, puede ocurrir que la razón aducida por Burckhard en 1905 para justificar la incapacidad de predicción histórica - "nuestro escaso conocimiento de la biología de los pueblos desde el punto de vista psicológico"- siga siendo hoy tan válida como entonces. Es aplicable aquí la crítica de Popper al "sentido común" que distingue entre el determinismo de los relojes y el determinismo de las nubes: por un aparte, explica Popper, "la distinción entre sucesos predecibles (el movimiento de los planetas o de los relojes) y los sucesos impredecibles (el tiempo o el movimiento de las nubes) no es válida" si se la toma objetivamente, en principio; y, por otra, "esta distinción desaparecerá cuando obtengamos tanto conocimiento sobre las nubes.... como tenemos sobre los relojes" (Popper, 1973, trad., p. 41-42). Del mismo modo, dado que el despliegue de las dimensiones ideales de la historia es predecible (en principio), la debilidad "de hecho" de la predicción histórica irá retrocediendo a medida que la psicología científica vaya consiguiendo tanto conocimiento del "espíritu subjetivo", individual y social, como el que gozan aquellas Ciencias y Técnicas sobre sus respectivos objetos.

BIBLIOGRAFIA

- BORING, E. G. (1959). Historia de la psicología experimental. México, Trillas, 1978.
- DILTHEY, W. (1883). Introducción a las ciencias del espíritu. Madrid, Revista de Occidente, 1966.
- DILTHEY, W. (1894). "Ideas acerca de una psicología descriptiva y analítica". Trad. cast.: en Obras de W. Dilthey, VI. Psicología y conocimiento. México, FCE, 1951, p. 191-282.
- HARTMANN, N. (1942). La nueva Ontología. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1954.
- HEGEL, G. W. F. (1840, póst.). Filosofía de la Historia. Barcelona, Ediciones Zeus, 1971.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1948). "Propósitos del Instituto de Humanidades". En Misión de la Universidad. Madrid, Alianza; p. 187-212.
- PIAGET, J. (1963). "L'explication en Psychologie et le parallélisme psychophysique". In P. Fraisse y J. Piaget, Ed., Traité de Psychologie Experimentelle, Tom. I. Paris, PUF. Trad. cast.: Historia y método de la psicología experimental. Buenos Aires, Paidós, 1976, p. 151-195.
- POPPER, K. R. (1972). Objective Knowledge. An Evolutionary Approach. Oxford, Clarendon Press. Trad. cast.: Conocimiento objetivo. Madrid, Tecnos, 1974.
- POPPER, K. R. (1973). "Indeterminism is Not Enough". Encounter, 40. Trad. cast.: "El indeterminismo no basta: un epílogo". En K. R. Popper Postscriptum a la Lógica de la investigación científica. Vol. II. El universo abierto. Un argumento en favor del indeterminismo. Madrid, Tecnos, 1984, p. 136-152.
- SCHELER, M. (1923). Esencia y formas de simpatía. Buenos Aires, Losada, 1967.
- SCHELER, M. (1926). Sociología del saber. Buenos Aires, Ediciones Siglo Veinte, 1973.
- SCHELER, M. (1928). El puesto del hombre en el cosmos. Buenos Aires, Losada, 1970.

- VICO, G.-B. (1744). Una ciencia nueva sobre la naturaleza común de las naciones. I-IV. Madrid, Aguilar, 1964.
- WHITEHEAD, A. N. (1929). Process and Reality. an Essay in Cosmology. Trad. cast. Proceso y realidad. Buenos Aires, Losada, 1956.